

jante en esto á un viajero francés (ligero como todos los franceses, y ponderativo como todos los viajeros), que estampaba en su diario: "*Sábado 24 pasamos á cinco lenguas N. de las Canarias, cuyos habitantes me han parecido en extremo amables y hospitalarios.*"

Si por un exceso raro de curiosidad, ó porque su empleo le uniese á la corte, llegaba nuestro convencino á hacer alguna expedicion á los sitios reales, ¿quién le podia sufrir entonces? Cristóbal Colon y el capitan Cook eran chiquillos de escuela en comparacion de nuestro viajero. Por último, si el recobro de su salud, la posesion de alguna herencia ú otro negocio de no menos importancia le obligaban á apartarse cuarenta ó cincuenta leguas de la capital, era cosa de meditarlo tres años antes, arreglar su conciencia y sus negocios temporales, y dejar bien condimentado su testamento.

Todo esto sucedia en la época de que vamos tratando, pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones que hace veinte y siete años forman el entretenido drama romántico de nuestra historia, han ocasionado un trasiego, un va-y-ven tan no interrumpido, que, bendito Dios, nada falta á nuestra generacion actual para parecer sombras chinescas ó rápidas ilusiones fantasmagóricas. Señores, atencion...; mírenles ustedes bien..., ¿los ven ustedes...? pues ya no los ven. Hoy en el Prado, mañana en el *Boulevard*, pasado en *Hy-*

depart: amanecen en Madrid, comen en París y van á hacer noche en Londres.

Para los madrileños en especial la visita á París es tan necesaria como para los mulsumanes la peregrinacion á la Meca, ó para los ingleses *el viaje grande*. No parece sino que sin ir allá no puede ningun hombre ser hombre de importancia, y al oír las apasionadas relaciones de los que vienen es cosa de rechinar los dientes los que no llegan á ir. Este aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oír y envidiar por los demas, y la consideracion que de ello resulta, es lo que impele aquel movimiento general, y para satisfacerle busca cada cual de por sí los medios que estan á su alcance.

Hay quien destina á los espectáculos y fondas de París las rentas heredadas de sus abuelos, los señoríos gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van á buscar la instruccion en los colegios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nacion sus capitales; cuáles se atraen una persecucion cualquiera para tener una ocasion de emigrar; unos buscan una comision que les indemnice de los gastos del viaje; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demas ensalada italiana que traía en sus alforjas el estudianton gallego de Moratin; hay quien regresa con su maleta llena de proyectos capaces de hacer en veinte y cuatro horas la felicidad de la patria, y los hay que vuelven contentos con haber

aprendido la última combinacion del lazo de la corbata. Usos y costumbres, maneras y lenguaje, leyes y literatura, muebles y trages, corbatines y almohadillas, todo nos viene de París. Solo la moneda se nos va.

A vista, pues, de aquel general movimiento, de aquel impulso involuntario, ¿quién ha de permanecer quietista? ¿quién ha de resistir al deseo de adquirir á costa de algun sacrificio el derecho de fastidiar á los demas? No será por lo menos aquel que como yo á la calidad de *Curioso* reúne la circunstancia de *Parlante*. Hé aqui una razon bastante para determinarme, y ya que mi insignificancia política no me obligaba á ninguna emigracion, y puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen tampoco á los países extranjeros, quise visitarlos solo por gusto ó comodidad á espensas propias y campando solo por mi respeto, bastándome por resultado la única satisfaccion de poder atajar de vez en cuando las relaciones de mas de cuatro ecsagerados con esta sencilla expresion: “*lo he visto tambien.*”

Ocasion era esta para abusar tal vez de la paciencia de mis lectores haciendo una pomposa descripcion de viaje, amenizada con episodios mas ó menos animados. Hablaria de las diferencias en leyes y costumbres; prohijaria las relaciones de viajeros poco escrupulosos, describiendo con igual ligereza que ellos el movimiento y la vida de Londres y París, su comercio é industria, espectácu-

los y diversiones, el puerto de Liverpool, las fábricas de Manchester y Birmingham; describiria los caminos de hierro y las máquinas de vapor; presentaria datos del comercio de Burdeos, de Lion y de Marsella; enumeraria la escuadra francesa en Tolon y la inglesa en Porstmouht, y me daria, en fin, importancia suma sin mas trabajo que el de trasladar algunos de los innumerables itinerarios, guias y cartas de ruta que comprara al paso, prestándoles cierto saborete de originalidad con tal ó cual anecdotilla personal, ya robada, ya autógrafa, que me hiciera aparecer cual otro *Sterne* sentimental á los ojos de mis lectores. De este modo, pues, facil me hubiera sido llenar tres ó cuatro tomos que pudieran alternar airosamente entre los innumerables de los viajeros extranjeros, y dar de sus paises una idea tan estravagante por lo menos como la que hacen formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances.

Los españoles sin embargo pecamos en el extremo opuesto, y bien que nos lisonjee el hablar entre amigos de lo que hemos visto, casi nunca nos determinamos á escribirlo; y hé aqui la razon por qué carecemos de descripciones originales no digamos del imperio del Japon ni de las islas del Polo, sino aun de los paises mas conocidos de Europa, y aun de nuestra misma España. El miedo de no hacerlo con perfeccion nos impide el hacerlo de niinguna manera.

De nada de esto se trata, pues convencido de

mi insuficiencia debo mas que ningun otro seguir en este punto la moda del pais; empero entre relacionar minuciosamente el viaje ó hablar solo de la vuelta, entre desenvolver el argumento del drama ó decir solo su desenlace, hay por lo menos tanta distancia como de Humbolt ó Lamartine á mi persona, como del diccionario de Miñano á la guia de caminos, como de un *infolio* á un *Boletin del Diario*. Y es para solo este objeto para el que reclamo hoy la benévola atencion de mis lectores.

La diligencia francesa que viene de Perpiñan se cambia en Figueras por la catalana, que espera alli para conducir los viajeros á Barcelona. Es un momento de verdadera sensacion el de este cambio, y no es dificil leer en los semblantes los distintos afectos que promueven en los circunstantes de ambas naciones la esperanza de la patria ó el desconsuelo de perderla de vista. El cuadro no puede ser mas animado y caprichoso. Los conductores franceses y zagales españoles en sus trages respectivos forman un interesante contraste, y renunciando á sus respectivas lenguas se entienden en catalan, que participa de ambas. Pero ya los pesados caballos franceses y las engalanadas mulas españolas se hallan enganchados á los carruages respectivos; los caminantes se apresuran en torno de ellos, los mayores chasquean sus látigos, y comienzan el confuso movimiento y las rápidas interpelaciones de costumbre: "*Conducteur, prenez garde de ma malle.*" — "*Muchacho, esa som-*

brerera.” — “*A Deu, noya, á la turnata.*” — “*Mon porte manteau.*” — “*¿Combien d'ici á la frontiere?*” — “*Las onse horas.*” — “*Bon voyage.*” — “*Messieurs, en voiture.*” — “*Señores, á la diligencia.*” — “*Iiiiiif, á Perpiñan.*” — “*A Barselona: zagaaa-la.*”

II.

Pocos dias recuerdo tan gratos en mi vida como los que mediaron para llegar desde la frontera á Madrid; y el placer que me resultaba de volver á ver á España despues de un año escaso de ausencia voluntaria, grata y divertida, me hacía calcular el imponderable que debian experimentar aquellos que tras largos años de proscripcion volvian á ver abiertas las puertas de su patria. Uno de los sugetos compañeros de viaje se hallaba en este caso, y á cada sitio, á cada montaña, á cada pueblo que reconocía asomaban las lágrimas á sus ojos, dándonos á conócer lo interesante de su situacion. Venia acompañado de una linda jóven hija suya, que aunque nacida en España habia pasado la mayor parte de su vida en un colegio de París. El resto de la diligencia estaba tan armónicamente organizado, que un poeta clásico hubiera necesitado muy poco esfuerzo para formar una comedia de costumbres, á la que no hubiera

faltado el interes y sobre todo el *movimiento*. Teníamos alli ademas de los ya dichos interlocutores un fabricante de Lion, un elegante madrileño, un viajero inglés, una modista de París, un comerciante y un literato españoles, y un peluquero francés. Reflexiónese ahora si con tan buena compañía podian hacerse largas las horas del viaje.

Fuertes tentaciones se me pasan de estampar aqui punto por coma muchos de los diálogos filosóficos, políticos, económicos, mercantiles, literarios, amorosos y hasta ridículos que mediaron en tan larga travesía; pero fuerza será pasarlos en silencio, atendidos los estrechos límites de este artículo, y el deseo de no abusar de la paciencia del auditorio. Baste decir que de todos ellos un observador filósofo podia deducir la ecsageracion ó la falsedad de las ideas que los vagos rumores, las extravagantes lecturas y la absoluta ignorancia de nuestras costumbres habian hecho concebir de nuestro pais á los estrangeros, y aun á los españoles que faltaban de él algunos años.

Acaloradas las imaginaciones por el espectáculo que acababan de ver en otras partes, y sin tomar en cuenta las diversas circunstancias de clima, leyes, usos y costumbres, bullian sus cabezas en multitud de planes mas ó menos importantes que pensaban realizar con notable asombro de nuestros compatriotas; y tal es la fuerza de aquella manía, de aquel epidémico entusiasmo, que yo mismo que en los meses de mi ausencia habia apenas podido

saludar aquellas invenciones, creíalas todas oportunas, todas realizables, y me admiraba de que no estuviesen ya puestas en ejecucion.

El tema, pues, favorito de nuestros discursos era el declamar contra la inercia de los españoles, lamentarnos del abandono de sus campos, la soledad de sus caminos, la escasez de sus fábricas y talleres: el respetable anciano que regresaba á su patria, atribuía todo á la empleomanía, esta funesta plaga de nuestra sociedad que alejando de las ciencias y la industria las cabezas y brazos útiles, aumenta con ruina de los pueblos las clases improductivas y convierte en mecánicas ruedas á los que pudieran ser agentes de la gran máquina social. — Vea usted aqui, exclamaba el comerciante, unos campos estériles y yermos sin duda por ignorar que á beneficio de los pozos artesianos, de las máquinas y otros adelantos agrícolas, pudieran beneficiarse en términos de doblar la produccion en pocos años. ¡Oh! si mis empresas llegan á tener ejecucion, yo cambiaré la faz de este pais. — Sin embargo, replicábale yo, no es la falta de produccion la que causa nuestra ruina, y observe usted sino al mayoral que acaba de pagar ocho reales por una fanega de cebada, seis por un cántaro de vino, y asi lo demas. — Todo eso consiste, replicaba el inglés, en la escasez de comunicaciones y el mal estado de los caminos, que impiden la rápida circulacion: nosotros hemos vivificado nuestras islas con la multiplicacion de canales y ca-

minos de hierro, y si este modelo, que pienso presentar en Madrid, llega á tener efecto... — A este tiempo el mayoral abrió la portezuela del coche para rogarnos que nos apeásemos, á fin de pasar una de las elevadas montañas que dividen la Cataluña del Aragon. — Vea usted, le dije yo al inglés, algo que podria oponerse en nuestra España á la realizacion de muchos proyectos. — Los adelantos de la industria, decia magistralmente el fabricante lionés, son muy escasos en vuestro pais, y solo el estímulo de los extranjeros podrá hacerlos progresar. Convencido de ello traigo á él no solo géneros desconocidos y apreciables, sino tambien la idea de establecer una manufactura á la manera de las nuestras, que llegue á libraros en parte del crecido tributo que pagais á la industria estrangera.

Desengáñense ustedes, señores, no es la absoluta ignorancia de esos grandes medios que acabamos de ver en otros paises la que nos hace emplearlos tan lentamente en el nuestro; es la reunion de circunstancias que nos rodea; es la influencia del clima, que hace impracticables en muchas de nuestras regiones esos descubrimientos; es la configuracion de nuestro suelo, que opone mayores obstáculos á la realizacion de ellos; es el poder de las leyes y la influencia de las costumbres; es, en fin, la falta de numerario y la escasez de poblacion, atendido el vasto territorio que habitamos. Por fortuna estas verdades son ya triviales de puro conocidas, y los españoles sensatos (que los hay)

sin desentenderse de ellas procuran marchar conformes con los adelantos materiales del siglo, de lo cual todos ustedes tendrán ocasion de convencerse, haciendo justicia á la constancia y al teson con que saben vencer muchas dificultades. — ¡Ah! el buen español (esclamaban los extranjeros), cómo sale á la defensa de la patria.

Otras veces sin remontar tanto el discurso, y dejando la iniciativa en él al literato, tratábamos del animado movimiento de la imprenta en los demas paises; nos entusiasmábamos con él al recordar el sin número de publicaciones útiles que diariamente ven la luz en ellos; recordábamos con placer los teatros de París y de Londres, y luego comparábamos con aquel brillante cuadro el mezuquino que las letras y las bellas artes presentan en nuestro suelo, y escitábamos á nuestro contrincente á emprender publicaciones útiles y agradables, que al paso que asegurasen su fama y su fortuna, sirviesen al pais de instruccion y de recreo.

Por último, cuando cansados de estas discusiones llegábamos á ocuparnos de la accion del momento y de las pequeñas intriguillas del viaje, no nos faltaba materia con el elegante rigorista de la calle de la Montera y la linda colegialita de París, con el peluquero *Alcibiades* y madama *Tul Bobiné*.

Es cosa sabida que el amor en viaje hace siempre su camino en posta, y tal debió pensar el Narciso madrileño para entablar su conquista en esta ocasion. Por supuesto no perdía el tiempo

como nosotros en discusiones áridas y encrespadas, y cuando mas terciaba en ellas siempre que se rozaban tanto cuanto con algun punto de modas ó de espectáculos. Se hablaba de industria, nos enseñaba la tela de su chaleco ó las cadenas de su reloj: se trataba de literatura, nos recitaba un trozo del *petit Courrier* ó del *Almanak des dames*; pero todo con un aire de satisfaccion y de suficiencia que no siempre causaba el mejor efecto en los circunstantes. Mas él, poco cuidadoso del resto de ellos, prestaba toda su atencion, y dirigia casi siempre su discurso á la agraciada niña, á quien por estos medios pretendia cautivar. Sin embargo, sea que ella, poseyendo el talento y la instruccion necesarios para reconocer aquella fatuidad, la apreciase en su justo valor, ó sea por otro cualquier motivo, no parecia tan interesada como el galan quisiera, y sobre todo tuve ocasion de observar repetidas veces que cuando este por una transicion, por desgracia harto frecuente, se permitia con ella alguna intencion ó libertad en las palabras, la niña tomaba el aspecto mas severo, y le dirigia unas contestaciones solemnes y sentidas.

En cuanto al peluquero y la modista, su posicion era mas armónica. Esactos conocedores de los usos y las costumbres respectivos, hablando un mismo lenguaje, y colocados en igual categoria, no era dificil que muy pronto llegaran á entenderse, y lo llegaron tanto, que hubo momentos en que ya no les entendiamos los demas.

Con tan bellas disposiciones arribamos al fin á la capital. Separámonos en el patio de la diligencia tan cordialmente como nos habiamos reunido, y cada cual trató de buscar su acomodo. Los extranjeros pedian un *fiacre* que les condujese. No los habia allí á mano: los españoles se contentaban con un criado; tampoco se presentaba ninguno: aquellos preguntaban por un *hotél*. — “Aqui no hay hoteles.” Estos demandaban un *cicerone* que les enseñase las calles. — Tampoco. — “Las cosas de España,” decia el comerciante. — “Esta gente no quiere moneda,” replicaba el inglés. — “*Ah le vilain pais,*” concluían en coro el peluquero y la modista.

Ocupado en saborear despues de un agitado viaje la tranquilidad y la dulzura de la vida doméstica, y en visitar mis amigos y relaciones, tardé algunos meses en volver á comunicar con los compañeros de diligencia, á quienes suponía legítimamente ocupados en desenvolver sus grandes planes y aclimatar sus utopias. Hasta un dia en que la casualidad me hizo acercarme á cierta antesala de un ministerio, y donde menos pudiera pensarlo acerté á encontrar al viejecito declamador contra los empleos; confieso mi malicia, pero por mas que pretendió ocultárseme no lo pudo conseguir, y hasta tuve la indiscrecion de recordarle sus palabras del coche. — “Qué quiere usted, amigo, á mi edad ya no se puede aprender otro oficio: ¡si volviera á nacer!” — Probablemente haría usted

lo mismo: créame usted, le repliqué, si nuestro compañero el inglés conociese bien nuestro país no hablaría de caminos de hierro, ó los aplicaría solo al camino de la tesorería, que es el único frecuentado en España.

No le hubiera yo citado tan pronto como acertó á entrar casualmente en la antesala, tan largo como un ciprés, trayendo bajo el brazo un rollo de papel aun mas largo que él mismo. Venía acompañado del fabricante lionés, y ambos tenían que hablar á S. E.; el primero para recoger la primera parte de su proyecto que hacía seis meses que habia entregado, y dejar la segunda, pues cansado de esperar, hacía ánimo de recogerla al regreso de un viaje á América: el fabricante venia á solicitar el despacho de cierta causa de contrabando por géneros que yo mismo habia visto pagar derechos, y segun me dijo, de todos sus planes se daba por contento con que le dejaran libre para volverse á su país.

Ellos tambien me enteraron del resultado de los otros compañeros de viaje: el comerciante empresario, despues de tentar mil proyectos mercantiles é industriales, despues de haber querido establecer *teatros, omnibus, casas de baños, divanes, hotêles* y demas, se habia convencido de la innecesidad en nuestra España de muchas cosas necesarias en todas partes, acabando por poner un almacen de arroz de Valencia y garbanzos del Barco de Avila: tambien me dijeron que el literato

habiendo verificado varias de las publicaciones que nos anunció, solo habia podido obtener veinte suscripciones, entre las que nos contábamos los compañeros de viaje: solo el peluquero y la modista habian progresado considerablemente: el uno con su relumbrante salon, y la otra con su fantástico taller; aquel descargando las cabezas, y ésta adornándolas á la moda.

Por lo que hace al elegante tuve ocasion de verle varias veces en teatros y diversiones: al principio me aseguraba que no podia sufrir la vida de Madrid; pero insensiblemente le vi amoldarse á ella en términos que el lunes pasado le hallé en los toros vestido de chulo, y hasta observé que desde su palco le saludaba con mucho gracejo y agitado movimiento de abanico la severa ex-colegialita parisien, ya de mantilla blanca y con su rosa á la izquierda, mientras por la derecha escuchaba con amabilidad los tiernos arrullos de un oficial de la Guardia.

Réstame solo dar cuenta de mi persona, pues segun ya creo haberlo indicado, yo tambien traía en la cabeza mucho ruido de proyectos mercantiles y literarios. Habia ademas formado mi plan de vida diametralmente opuesto al que seguia antes de mi viaje; creía haber llegado á aprender en él lo que valen el tiempo y el trabajo, y me proponia aprovecharme de uno y otro; pero... ¡qué sé yo por qué!... luego que me vi en Madrid empecé á levantarme á las siete, luego á las ocho, despues

á las nueve; empecé á salir á las doce, á sentarme en las librerías á la una y en las tiendas de la calle de la Montera á las dos, á comer la inevitable olla á las tres, á echar la siesta á las cuatro y levantarme á las seis; á ir al Prado á las siete, y al café ó al teatro á las ocho, á tertulia á las once, á cenar á las doce y acostarme á la una, y así un día tras otro se me ha ido el tiempo sin realizar mis proyectos.

Verdad es que los mercantiles no me ofrecían grandes ventajas, y renuncié á ellos con todo conocimiento, limitándome (siempre por espíritu imitativo de lo que habia visto en otros países) á emplear en fondos del Estado parte de mi capital, con lo que aseguraba una renta de 5 por 100 al año: verdad es que en el valor *efectivo* de aquel he perdido en el mismo tiempo un 17; pero el *nominal* siempre es el mismo, y esto no deja de ser algun consuelo.

En cuanto á proyectos literarios me costó mas trabajo el haber de renunciar á ellos; pero me hice cargo de que si en las circunstancias en que nos hallamos escribia de historia, ó de viajes, ó de literatura, perderia mi latin y mi dinero, y es cosa fuerte esto de escribir para el impresor y los ratones. Los periódicos políticos eran un recurso socorrido; pero en primer lugar yo soy muy impolítico, quiero decir, que no tengo grandes conocimientos en esta materia: ignoro la nomenclatura corriente, y sin poder hablar de *escision* y

colisiones y garantías y fusion y oposicion legal y resistencia, y comentar decretos, hacer alocuciones y proponer medidas y demas del caso, ¿quién me hubiera entendido? Pero es el caso que yo queria escribir y... ¿qué remedio...? me decidí á escribir el *Boletin del Diario de Avisos*. Con esto por lo menos lograré ser leído antes de que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flandes ó de queso de Rochefort, y si de este modo paso á la posteridad no será por lo menos sin algo de sustancia.



A prima noche.



Fama es general y aun pudiera decirse fundada la que atribuye á los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto en el sentido mas lato de esta palabra, generosos y aun pródigos en los gastos necesarios y supérfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipérboles y demas figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, esposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los paises del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con mas garbo y bizarría. Las naciones industriales han con-

siderado el tiempo como el mas precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo* equivale á perderle en cualquiera lengua; y un ligero paseo por nuestra capital (adonde la cortedad de nuestra vista nos limita) probaria mucho mas que todos los discursos aqui estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol interrumpiendo el paso de los transeuntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj ú oyendo cantar á un ciego? Está *haciendo tiempo* para pasar á otro lado á ocuparse en trabajos semejantes. ¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dige habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algun interes en éstas, ó el deseo de hacer observaciones económicas ó morales? Nada menos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya á la oficina, y correr á consolar á la esposa que le espera *haciendo tiempo* al balcon ó ensayando al espejo la nueva combinacion del prendido. El esposo entretanto sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y geroglíficos, recortando en pico el pelo de las plumas, paseando la badila al rededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos que ofrece á sus compañeros, y diser-

tando á la ventana mientras los fuma sobre la orden de la plaza ó sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el gefe á echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero. ¿Qué espera aquel magistrado hundido en su sillón carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con frases anfibológicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento? Pues no señor, *está haciendo tiempo* de que el portero que jugaba á los naipes con los lacayos de S. S. abra con estrépito la mampara diciendo: *Señor, la hora*. ¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado con la piqueta alzada y la otra mano estendida en ademán de comunicar sus órdenes á la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte mas ventajoso, una operacion mas fácil que le economice tiempo y trabajo? Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando los tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, y tarareando alegremente el antiguo romance

“ Medio día era por filo,
 las doce daba el reloj,
 comiendo está con sus grandes
 el rey Alfonso en Leon, ”

siente la primera campanada, arroja simultánea-

mente la piqueta, y descende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo á reunirse con su cara consorte, que sentada al sol á la puerta de su casa calle de la Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, ó que caiga en la lumbre el chicuelo revoltoso ó el gato dormilon.

En ningunos momentos es mas perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* que dijo el Toscano, como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta á nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del dia con la solemne operacion de la comida á las tres, no es suficiente á nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta, ni el paseo de ordenanza, hasta que la luz del dia llega á extinguirse: es preciso aun perder otro par de horas en un café ó sentados en derredor de una mesa de villar, ó corriendo las calles sin direccion, ó á la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas ya que no las ocupáramos en asistir á las academias y liceos, ya que prescindiéramos de todo trabajo mercantil ó artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadera y pedantesca que se encuentra al rededor de un bol de ponche ó con el taco en la mano, sino aquella grata franqueza que solo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas, aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos

ni de ofender á los demas, aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor y los lazos mas dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados porque tocando ligeramente en las botillerías ó cafés para solo el acto de refrescar, se retiraban á sus casas despues de anohecer para recibir en ellas á sus amigos verdaderos, y pasar algunas horas en sabrosas pláticas ó en juegos permitidos. Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* ó en la de San Antonio de los Portugueses no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del dia; es la verdad que una estrecha mesa, y un banco mas estrecho aun, un candilon de cuatro pábilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos eran todo el aliciente que ofrecian aquellas lóbregas salas; pero á la vuelta de esto las bebidas eran escelentes, la concurrencia general, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacian llevaderas aquellas faltas. No hallaban, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos á quien engreir, militares que temer ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecian con el ruido infernal de las disputas, no adquirian los modales de mal tono, no se acostumbraban á repetir frases indecorosas, no se impregnaban en el

pestífero olor del tabaco, y sobre todo no perdian lastimosamente el tiempo.

— Buenas noches, señor *Curioso Parlante*. — Buenas noches, don Pascual. — ¿Qué hace usted? — Escribir. — ¿Y á quién? — Al público. — Escelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué? — Véalo usted. — Y le alargué el papel mientras *hacia tiempo* de que lo leyese saboreando un purísimo habano: ¡ah! tambien me sirvió este tiempo para informar á mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailon Corredera*, de que ya tienen conocimiento si han leído mis anteriores artículos de los *Cómicos en cuaresma* y *La capa vieja*.

— Todo eso está muy bueno, me replicó don Pascual alargándome el papel despues de haberlo leído; pero ¿quién le mete á usted á censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de prima noche? Míreme usted aqui: son las nueve, ¿no es verdad? pues si yo le contára á usted lo que me ha pasado mientras estaba *haciendo tiempo* para venir á quitarle á usted el suyo, habia de reformar su opinion.

Por de pronto luego que empezó á anochecer, y que los árboles del Prado atraían á su atmósfera una humedad pernicioso, reflexioné que en ninguna cosa podria emplear los momentos como en refrescar mis fáuces resecaas con el polvo y la agitacion del pasco. El inmediato salon de *Solís* me ofrecia su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calcularon como yo

que no me fue posible proporcionar una silla, y á la verdad no lo sentí, pues esto me ofreció la ocasion de ir á saborear cerca del famoso repostero *Amato* un esquisito *sentillé* á la rosa. ¡Figúrese usted lo dulce que es un *sentillé* á la rosa tomado en una linda sala viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros que descendiendo de brillantes carretelas, llegan á rendir el tributo de su admiracion á aquel amable Anfitrión. ¡Por desgracia esta operacion no puede prolongarse mas que un cuarto de hora! ¡*Sic transit gloria mundi!* y al cabo de él ¿qué remedio? abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! por fortuna el café *Nuevo* sale al paso: ¡estrépito! ¡confusion! ¡qué noticias supe allí! ¡qué discursos escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté, y argüí, y... parecia un *Bernardotte*; pero me dolía la cabeza y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante, quiero decir, que subí la escalera del café de aquel nombre: transicion; contraste romántico; 1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hay como sentarse á jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figuras, encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es excelente), el monótono

ruido de los peones y damas de las bolas y tacos, de los dados y fichas...; quédese para otro día la partida: pasemos á la sala del villar: ¡aquella sí que es tranquilidad! círculo inamovible al rededor de la mesa, senado mudo, espresivas fisonomías, escena original iluminada por lo alto digna del pincel de Teniers. ¿Y todo para qué? para observar los movimientos de dos bolas redondas impelidas por discursos mas redondos aun. ¡*Oh raras hominum mentes!*

Los prócsimos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecian un espectáculo demasiado *clásico*, compuesto de antiguos abonados que disertaban sobre el cólera del año pasado ó la contribucion de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad! dénme la broma y el ruido y... vamos, no hay otro café del *Príncipe* en el mundo: allí sí que hay que ver, que escuchar... ¿quiere usted política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿Estima usted el derecho público? escuche usted á un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna á escoger. ¿Moral? allí sí que se saben aventuras. ¿Poesía! el parnasillo moderno está allí. ¿Periodistas? las gradas de San Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? al café de en frente ó al villar del Morenillo.

Todo cansa sin embargo, y yo lo estaba ya á mas no poder de aquella batahola; pero el reloj *no*

marchaba, y todavía no eran mas que las ocho, segun me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta partida en distintas direcciones de la Puerta del Sol con gran séquito de desgrefñadas Andrómacas que marchaban al compás de las cajas de guerra.

Huyendo como es natural de toda aquella bulla que por la calle de Alcalá se dirigia al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros, y alli donde en historiado retablo se ostenta á la pública veneracion el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflexionar mi direccion. ¡Ay señor Curioso, y cómo quisiera yo tener aqui su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame usted; pocas figuras de contradanza ó de mazurca salen tan bien ensayadas como las que formaban á mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo apareciendo y desapareciendo alternativamente por las bocas calles de Hita y de Gitanos, de Peligros y San Gerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitian ocultarme sus movimientos, y como por otro lado recuerdo que ya usted nos ha descrito estas evoluciones en su romance de *el paseo de Juana*, nada mas añadiré ni me empeñaré en seguir paso á paso á las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cer-

rojos, gracias á la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco á las filarmónicas ambulantes que paradas delante de un ciego cantante tendian su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni en fin á las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria reanimaban aquella báquica reunion. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte, y prometo contárselo á usted. — Recojo la palabra.

Y despues de lo dicho ¿llamará usted perderle esta manera de hacer tiempo? No, sino vengamos ahora á encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos estrangeros. ¿Querria usted, por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aqui tertulias privadas donde reunirse á tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondria que el pueblo encontrase espectáculos baratos á que acudir para ver las habilidades de un físico, ó las patochadas de un arlequin? ¿Desearia que las bibliotecas estuviesen abiertas á semejante hora, y que fuera lícito á entrambos secsos el concurrir á ellas? ¿Encomiaria, en fin, las tertulias de confianza con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! ¿mas dónde ecsisten ya?

Acérquese usted sino á casa de su amigo *don Melquiades Revesino*. — La puerta cerrada... si serán dos golpes, si serán tres... vayan dos. — ¿Quién es? (pregunta una destemplada vieja desde

el piso tercero.) — Un hombre. — ¿A qué cuarto va usted? — Al segundo; y cierra el balcon y se queda usted en la calle. — Demos que le abre *de caridad*, demos que luego se sube á su cuarto, demos que tira usted la campanilla del segundo, y que no estan las señoras, y que solo le responde el falderillo que ladra, y que en fin no hay nadie en casa... ¡Pues cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera á oscuras ó con el portal cerrado!

Pero anímese usted á descolgarse *por via de recurso de apelacion* ó como mas haya lugar á casa del abogado don Pánfilo. Mire usted á toda la familia asustada con su visita estemporánea, y preguntarle á usted ¿qué es esto, don Fulano? ¿usted por aqui? ¿qué novedad es esta? ¿hay algo nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa? — Nada, señores, el deseo de ver á ustedes. — Vaya, no es posible: muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate; y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho. — No le incomode usted. — Quita tú ese velon y trae unas velas. — Señoras, de cualquier modo. — En fin, que observa usted (y es facil de conocerlo) que ha venido á incomodar, y por cubrir el espediente, como si digéramos *por hacer tiempo*, tiene que improvisar una semideclaracion á la niña.

Pero qué, ¿está usted ahí escribiendo geroglíficos mientras yo hablo? ¿Está usted *haciendo tiempo* tambien? — Nada de eso; estoy haciendo

mi artículo, ó por mejor decir usted le está haciendo por mí, pues que solo escribo en taquigrafía lo que usted va hablando. — ¿De veras? ¿Y qué ha salido ello? — Ha salido lo que yo deseaba; un rasguño de Madrid á *prima noche*, que habrá de suplir á falta de otro mejor. — ¿Cómo? — Sí, amigo, yo habia bosquejado el paisaje, usted le ha dado la animacion.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.

	PÁG.
Las tres tertulias (5 de enero de 1833). . . .	1
El extranjero en su patria (11 de enero). . .	13
La capa vieja (17 de enero).	23
Las niñas del día (5 de febrero).	32
El dominó (19 de febrero).	43
La compra de la casa (5 de marzo).	58
Los paletos en Madrid (15 de marzo).	67
La filarmonía (22 de marzo).	77
Policía urbana (29 de marzo).	85
La casa á la antigua (5 de abril).	96
El día de fiesta (12 de abril).	106
La casa de Cervantes (23 de abril).	119
Advertencia.	133
El Diario de Madrid (8 de junio de 1835). .	135
La procesion del Corpus (17 de junio). . . .	150
Las calles (1.º de julio).	165
El patio del Correo (11 de julio).	178
Las casas de baños (18 de julio).	187
El sombrerito y la mantilla (3 de setiembre).	204
La vuelta de París (16 de setiembre).	214
A prima noche (13 de noviembre).	231

TABLA DE MATERIAS.

TOMO PRIMERO.

<i>Arrieros manchegos.</i>	14
<i>Murcianos.</i>	id.
<i>Andaluces.</i>	id.
<i>Año cómico.</i>	48
<i>Aniversario del dos de Mayo.</i>	65 y sig.
<i>Aranjuez.</i>	94
<i>Amante corto de vista (el) (objeto del artículo 17.)</i>	157
<i>Antesala (la).</i>	223
<i>Aguinaldo (el) (objeto del artículo 26.)</i>	243
<i>Alojado francés (el).</i>	245
<i>Bruno el Abogado (D.)</i>	144
<i>Barbero de Madrid (el) (objeto del art. 19.)</i>	178
<i>Calle de Toledo (la) (objeto del art. 2.º)</i>	10
<i>Choriceros extremeños.</i>	13
<i>Carteles de comedias.</i>	17
<i>Comedia casera (la) (objeto del art. 3.º)</i>	18
<i>Costumbres de Madrid (las) (objeto del artículo 5.º)</i>	39
<i>Costumbres españolas.</i>	40
<i>Cómicos en cuaresma (los) (objeto del art. 6.º)</i>	46
<i>Carruages.</i>	105
<i>Casas por dentro (las) (objeto del art. 12.)</i>	112
<i>Curioso provinciano (el).</i>	112

<i>Campaña de Madrid.</i>	135
<i>Carabanchel de abajo.</i>	136 y sig.
<i>Cosme el mercader (D.).</i>	144
<i>Cadete (el).</i>	145
<i>Carteles.</i>	168
<i>Calle mayor.</i>	169
<i>Calle de la Montera.</i>	165
<i>Calle de Atocha.</i>	194
<i>Calle de Alcalá.</i>	199
<i>Casa del grande.</i>	205 y sig.
<i>Campo santo (el) (objeto del art. 23.).</i>	213
<i>Daoiz y Velarde.</i>	61
<i>Diligencia (la).</i>	88 y sig.
<i>Defensor de Madrid (el).</i>	220
<i>Dia 30 del mes (el) (objeto del art. 16.)</i>	151
<i>Escritor de costumbres.</i>	39
<i>Estrangeros en Madrid.</i>	4
<i>Empleomania (la) (objeto del art. 8.).</i>	68
<i>idem.</i>	222
<i>Elegantes madrileños (los).</i>	108
<i>Epitafios (los).</i>	216
<i>Estrenas (las).</i>	243
<i>Ferías (las).</i>	7
<i>idem (objeto del art. 21.)</i>	192
<i>Fuente nueva de la calle de Toledo.</i>	17
<i>Formadores de compañías.</i>	48
<i>Fidel de la Vera Cruz (D.).</i>	69
<i>Ferminillo.</i>	138

<i>Gaspar (D.)</i>	235
<i>Homo-bono Quiñones (D.)</i>	152
<i>Iglesia de San Isidro</i>	17
<i>Isabel ó el dos de Mayo (objeto del art. 7.º)</i>	58
<i>Jacinta</i>	133
<i>Libros extranjeros sobre nuestras costumbres</i>	41
<i>Luisito del Peral (D.)</i>	132
<i>Muestras de las tiendas</i>	17
<i>Manolas en calesa</i>	18
<i>Murat</i>	62
1802 y 1832	121
<i>Melchor del Vallecillo (D.)</i>	197
<i>Mi médico</i>	131
<i>Melquiades Revesino (D.)</i>	132
<i>Mauricio R.</i>	158
<i>Matilde de Lainer</i>	159
<i>Maestro de obras (el)</i>	197
<i>Marqués (el)</i>	202
<i>Melchora Tragacanto (Doña)</i>	227
<i>Nombres de compañías cómicas</i>	49
<i>Numeracion</i>	162
<i>No importa</i>	236
<i>Objeto de esta obra</i>	44 y 45
<i>Oficina (la)</i>	153

VIII

<i>Puente sobre el Manzanares.</i>	11
<i>Plácido Cascabelillo (D.).</i>	19
<i>Plazuela de San Miguel.</i>	31
<i>de Santa Ana.</i>	42 y 43
<i>de la Cebada.</i>	119
<i>Pascual Bailon Corredera (D.).</i>	47
<i>Partido de cómicos.</i>	48
<i>Parador de Zaragoza, calle de Peligros.</i>	49
<i>Particulares.</i>	54 y sig.
<i>Prado (el) (objeto del art. 11.)</i>	100
<i>antiguo.</i>	100 y sig.
<i>moderno.</i>	104
<i>Paseo de Juana (el) (objeto del art. 15.)</i>	142
<i>Pedro Correa.</i>	180 y sig.
<i>Poeta y su dama (el) (objeto del art. 20.)</i>	187
<i>Pretender por alto (objeto del art. 24.)</i>	222
<i>Perico.</i>	227
<i>Político-manía (la) (objeto del art. 35.)</i>	233
<i>Plaza mayor (la).</i>	250
<i>Retrato (el) (objeto del art. 1.º).</i>	1
<i>Romería de San Isidro (la) objeto del art. 9.)</i>	77
<i>Riqueza y miseria (objeto del art. 22.)</i>	202
<i>Siesta (la).</i>	121 y 22
<i>Solicito Ganzúa (D.).</i>	225
<i>Sepulturero (el).</i>	217
<i>Salida de la Diligencia (la).</i>	88 y sig.
<i>Tabernas de Madrid.</i>	16
<i>Targetas de visita.</i>	32
<i>Tertulia antigua.</i>	127

IX

<i>Tertulia moderna.</i>	128	y sig.
<i>Tomar aires en un lugar</i> (objeto del art. 14.)	131	
<i>Tiendas (las)</i> (objeto del art. 18.)	168	
<i>Tienda de sombrerero (la)</i>	238	

<i>Valenciano.</i>	13
<i>Visitas de dias (las)</i> (objeto del art. 4.º)	30
<i>Viaje al Sitio (un)</i> (objeto del art. 10.)	86
<i>Vieja zurcidora.</i>	148

<i>Zurdo (el)</i>	149
-----------------------------	-----

TOMO SEGUNDO.

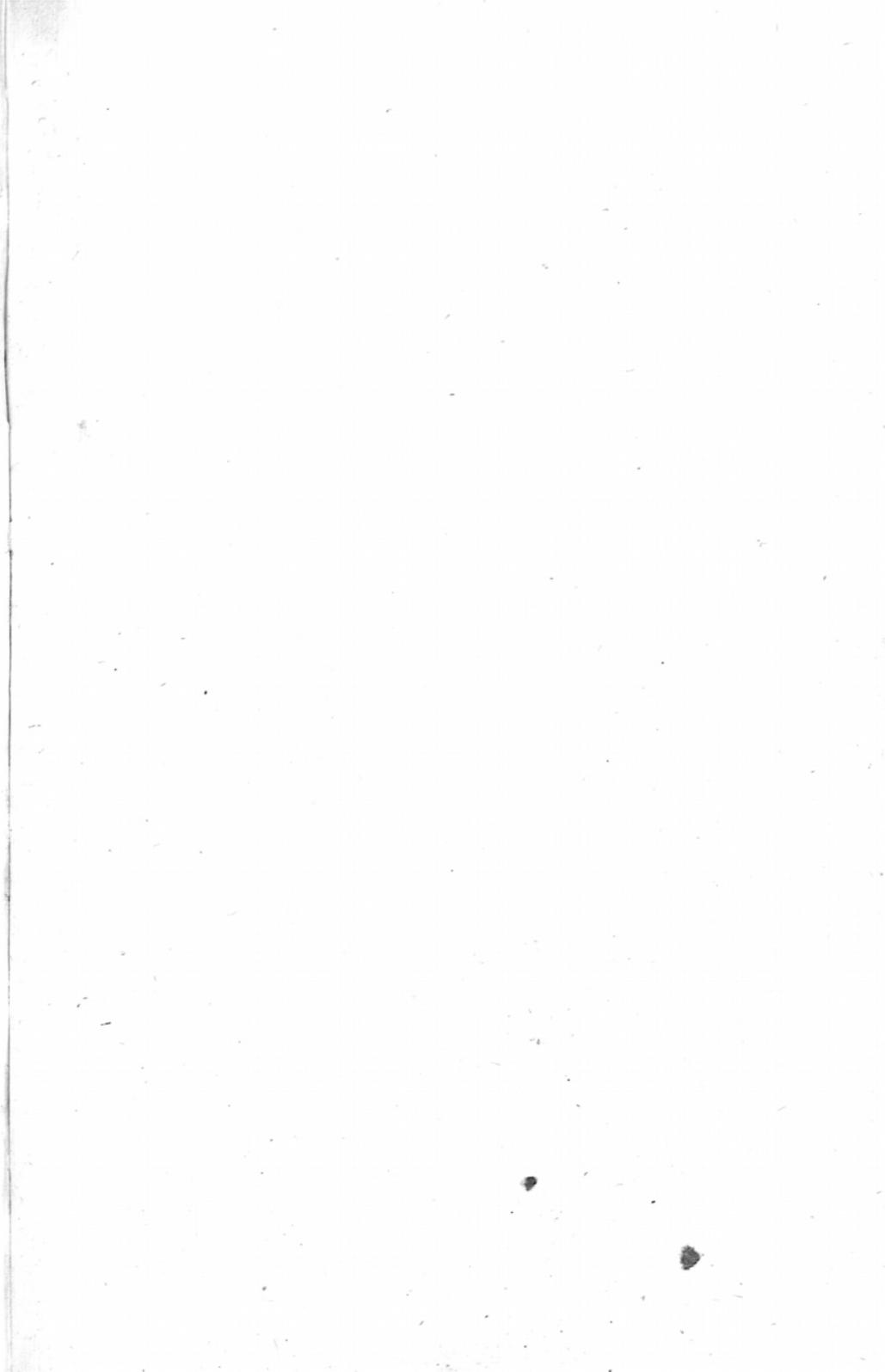
<i>Aire de corte (el)</i>	67
<i>Aldonza Cantueso.</i>	68
<i>Antiguo Madrid (el)</i>	119
<i>Autos sacramentales (los)</i>	155
<i>Aspecto exterior de Madrid.</i>	165
<i>Anochecer (el)</i>	170
<i>Amores de balcon.</i>	174
<i>Anuncios.</i>	181
<i>A prima noche</i> (objeto del art. 46.)	231

<i>Brasero (el)</i>	2	
<i>Baile de candil.</i>	29	
<i>Borricos de yeseros.</i>	92	
<i>Baños antiguos</i>	187	
<i>de Paris.</i>	190	
<i>de Madrid.</i>	193	y sig.
<i>Boda del Barquillo (una)</i>	113	

<i>Capa vieja (la)</i> (objeto del art. 29.) . . .	23
<i>Carnaval (el)</i>	44
<i>Compra de la casa (la)</i> (objeto del art. 32.)	60
<i>Cantantes del teatro. (los)</i>	78
<i>Clima de Madrid</i>	88
<i>Canalones</i>	89
<i>Coches de alquiler</i>	90
<i>Casa á la antigua (la)</i> (objeto del art. 36.)	96
<i>Caza y pesca (la)</i>	109
<i>Casa de Cervantes (la)</i> (objeto del art. 38.)	119
<i>de Quevedo</i>	128
<i>de Moratin</i>	129
<i>Custodia del Corpus (la)</i>	154
<i>Carrera del Corpus (la)</i>	159
<i>Calles (las)</i> (objeto del art. 41.)	165
<i>Cuarteles</i>	180
<i>Casas de baños</i> (objeto del art. 43.) . . .	187
<i>Conversaciones de viaje</i>	221
<i>Cafés y villares</i>	235 y sig.
<i>Calle de Peligros</i>	237
<i>Dorotea Ventosa (Doña)</i>	5
<i>Damas de Calderon</i>	34
<i>Dominó (el)</i> (objeto del art. 31.)	43
<i>Día de fiesta (el)</i> (objeto del art. 37.)	106
<i>Diario de Madrid</i> (objeto del art. 39.) .	135
<i>Estrangero en su patria (el)</i> (objeto del ar-	
título 28.)	13
<i>Estátua de Cervantes</i>	125
<i>Estorbos de las calles</i>	93
<i>Entrada en España (la)</i>	219

<i>Filarmonía (la) (objeto del art. 34.)</i>	77
<i>Filarmónicos (los)</i>	82 y 83
<i>Giovani Trottni (Signor)</i>	15
<i>Gritos de Madrid</i>	172
<i>Hacer tiempo</i>	231
<i>Historia del Dominó</i>	46
<i>Inquilinos (los)</i>	63
<i>Leyes sobre máscaras</i>	50
<i>Liga (el Señor)</i>	180
<i>Lope de Vega</i>	125
<i>Música de Rosini (la)</i>	77
<i>Mejoras de Madrid</i>	86
<i>Muestras</i>	90
<i>Misa (la primera)</i>	108
<i>Magnífico Pubon (D.)</i>	115
<i>Madrid á vista de pájaro</i>	166
<i>Niñas del día (las) (objeto del art. 30.)</i>	32
<i>de Moratin</i>	35
<i>Numeracion</i>	91
<i>Pública subasta (la)</i>	61
<i>Paletos en Madrid (los) (objeto del art. 33.)</i>	67
<i>Patricio Mirabujo</i>	68
<i>Policia urbana (objeto del art. 35.)</i>	85
<i>Pasadizos</i>	90
<i>Picapedreros</i>	92

<i>Perpetuo Ontañon (D.)</i>	96
<i>Postas (el Señor)</i>	107
<i>Procesion del Corpus (la)</i> (objeto del art. 40.)	150
<i>Principe de Gales (el)</i>	151
<i>Patio del Correo (el)</i> (objeto del art. 42.)	178
<i>Paquita</i>	211
<i>Rastro (el)</i>	24
<i>Roberto Welford</i>	123
<i>Retreta (la)</i>	238
<i>Suciedad de las calles</i>	89
<i>Sastre (el)</i>	111
<i>Sombrerito y la mantilla (el)</i> (obj. del art. 44)	204
<i>Serafina</i>	210
<i>Tertulias (las tres)</i> (objeto del art. 27.)	1
<i>de confianza</i>	2
<i>de respeto</i>	7
<i>de buen tono</i>	8
<i>Tendero (el)</i>	60
<i>Teodoro Sobrepaja (D.)</i>	68
<i>Tarde del dia de fiesta (la)</i>	116
<i>Tarasca (la)</i>	158
<i>Trages (los)</i>	205
<i>Vestido de andaluza</i>	211
<i>de mañana</i>	212 y 213
<i>Vueltas de San Anton (las)</i>	27
<i>Vuelta de Paris (la)</i> (objeto del art. 45.)	214
<i>Viajeros españoles</i>	215
<i>Visitas de noche</i>	240





1028616